

NOVIEMBRE 2016 · N.º 82

Ministri Dei

Servidores de Dios

Avda. Andalucía, 71 - 1.º B
23005 Jaén (España)

Teléfonos:
923 28 66 89
657 401 264

ministridei@hotmail.com
www.ministridei.es

Catena 3, S. L.
D. L. J-388-2009

Jesús nos habla

Cuántas veces hemos deseado haber vivido en la época del Señor y haber escuchado sus sermones con atención y haberle acompañado y servido en todo momento en sus correrías apostólicas. Sin embargo, hoy en día tenemos las palabras de los discursos de Jesús que podemos leer en su Evangelio y cantidad de veces pasamos de ellas y no las ponemos en práctica.

Jesús nos habla a menudo de varias formas. A través de nuestros superiores o directores espirituales, a través de las circunstancias, a través de inspiraciones ante el Sagrario, a través de la Palabra Divina que no siempre leemos lo que deberíamos leer, y así Jesús se nos manifiesta a menudo. Cuando tenemos esa buena intuición de hacer algo y acertamos, es Jesús quien nos lo ha dado a entender. Cuando sentimos en nuestro interior esas locuciones que nos aconsejan lo que debemos hacer, es Jesús quien nos habla en nuestro corazón. A veces se vale de un buen libro. A veces de un buen amigo o amiga. De nuestros padres, de nuestros familiares. Pero la mayoría de las veces nos habla al corazón, a nuestro propio interior, y nosotros torpes, debemos saber entenderlo, o los errores serán lamentables. Incluso cuando tenemos algún sueño que nos deja como un poso en el alma, o nos trae un mensaje, pudiera ser Jesús quien nos lo haya puesto.

Jesús nos habla más a menudo de lo que creemos y lo hace a cada alma. Él se preocupa de cada alma como si solo existiera ella. Su mirada está atenta por cada uno de nosotros y esto lo tenemos que creer firmemente, porque es así. Su providencia es amorosa para cada uno de nosotros. Los errores que cometemos, son de nuestro propio criterio, de nuestro erróneo modo de pensar. Jesús nos habla, constantemente. Cuantas personas dicen sentir que debían hacer esto pero hicieron lo contrario, y así comenten torpeza tras torpeza, porque si Jesús nos habla al interior, y nos inspira cosas santas, también su adversario nos sugiere cosas improcedentes e incluso pecaminosas que nos aparten de la Voluntad de Dios, pues sabe que nosotros en manos de Dios y por supuesto en comunión con Él, podemos ayudarle a salvar a muchas almas con la oración y el sacrificio. Todo lo que se gana para Jesús es pérdida para Satanás.

Por eso debemos invocar a menudo al Espíritu Santo para que Él nos ilumine en cada decisión que tomemos y nos ayude a saber discernir si eso es lo que Dios quiere o no.

Ya hemos dicho otras veces que para oír la voz del Señor hay que guardar silencio. Silencio no solo de ruidos externos, silencios de apetencias terrenales, de deseos humanos –no siempre sanos– silencio de vanagloria, de vanas inquietudes, de protagonismos, de desear ser reconocidos y estimados, porque el fin de nuestros actos y obras debe ser siempre la gloria de Dios y no la nuestra.

BETANIA

DESPRENDIMIENTO

DESPRENDIMIENTO, VIRTUD POCO PRACTICADA

Nos dice la Teología que el desprendimiento es una de las condiciones más importantes para llegar a la santidad. Es un hecho que el alma se va llenando de Dios a medida y en el grado que se va vaciando de las criaturas. Poco serviría desprenderse de los lazos de las criaturas exteriores si nuestro espíritu no lograra desembarazarse también de su propio yo, porque el mismo constituye uno de los mayores obstáculos para volar libremente a Dios. Santo Tomás afirma que el amor desordenado de sí mismo es el origen de todos los pecados. Y lo razona diciendo que todo pecado procede del apetito desordenado de algún bien temporal (...)

En estos tiempos en que el poseer, acaparar, tener cuanto más mejor, en que el materialismo y consumismo, antagonistas de la santidad, se han enseñoreado del ser humano, hablar del desprendimiento o desapego es como hablarle a un bebé, no lo entiende el hombre de hoy. Sin embargo, el desprendimiento es vital para la santidad, y en todo momento Jesús y la Sagrada Familia lo practicaron. Porque Dios vino al mundo en un total desprendimiento, tanto que no encontró techo para su nacimiento. Es una lección tan fundamental de la vida espiritual que yo diría que es la más importante, pues del desprendimiento se derivan después otros muchos valores que casan perfectamente con él.

Cuando una persona practica y vive en espíritu de desprendimiento, el Señor suplente en ella ese hueco que deja de bienes materiales, y Él ocupa el lugar que les correspondría a ellos. Por tanto, el cambio es óptimo, pues tener a Jesús a cambio de unos cuantos bienes materiales es ya vivir un Cielo adelantando. Pero si no estamos desprendidos de las cosas, de nosotros mismos, de nuestro tiempo, despegados de nuestros seres queridos, es difícil que le dejemos sitio a Dios en el corazón y que nos dispongamos a servir a los demás como Él quiere. Por supuesto, el

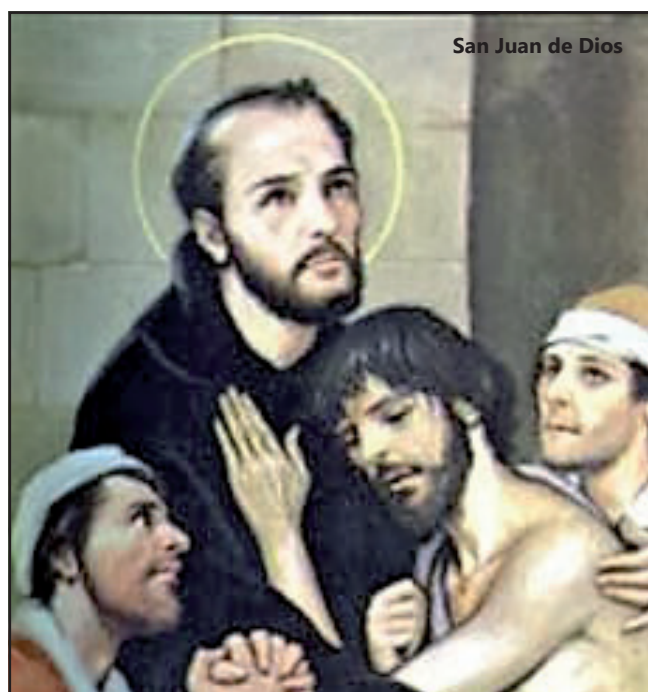
desprendimiento se refiere a la actitud ante las cosas que debemos tener y usar y que nos son necesarias; no a las superfluas, porque éstas impiden el desarrollo normal en la vida de un cristiano. Esta especial virtud es enemiga total de la avaricia. La esencia de la abnegación es simplemente el combate espiritual contra todo aquello que pretenda ocupar el lugar central de Cristo en nuestra vida.

Jesús dijo a Gabriela Bossis: *Ejercítate en el desprendimiento frente a todos esos juguetitos de la Tierra. Que tu corazón se vuelva hacia las cosas del Cielo, que no perecen. Así Me agradarás. Quiero de ti desapego absoluto de toda cosa terrenal, porque las cosas terrenas, aunque no se tenga apego a ellas, sólo con tenerlas y mirarlas, ensombrecen las cosas celestiales. Además quiero que así como Yo fui pobre, también me imites en la pobreza. Tendrás siempre que hacer un esfuerzo y en eso está el mérito. Sobre todo si el esfuerzo es alegre y se hace únicamente por Mí. Ofrecer un sacrificio no consiste en no sentir el dolor del desprendimiento; el pensamiento de lo que se dejó viene con frecuencia a remover las aguas amargas. Despreñete de ti y de tus gustos. Yo, que era Dios, solo pensé en Mi Padre y en vosotros; nunca en Mí. ¿Comprendes lo que es el desprendimiento de sí por amor a los otros y al mundo entero? Esto es lo único que vale la pena. Es así como puedes ser corrientora, en unión Conmigo.*

SE DESPOJÓ DE SU RANGO

Jamás Nuestro Señor nos ha predicado algo que Él no haya puesto en práctica. Pues siendo Él de condición divina se despojó de su rango (Flp 2,7) y se hizo uno de tantos, de tal forma que en su entorno no sabían que ese Niño que jugaba, que oraba, que iba con sus padres a todas las partes, era el Niño Dios, el Mesías esperado. Porque hoy en día es fácil que nos despojemos de algún mueble o vestimenta, a la cual renunciamos por amor a la pobreza o desprendimiento, pero despojarse de su rango ¿quién lo hace? El desprendimiento de espíritu, o “pobreza del corazón” es buscar a Dios con toda el alma, desprendido de todo, a contracorriente de la comodidad. Esto es una gracia que muy pocos tienen, porque siempre el ser humano se reserva algo. No me refiero a cosas materiales, a las que es relativamente fácil renunciar, sino al desprendimiento de la propia honra, del reconocimiento que le es debido, o de los beneficios de una buena posición en la sociedad.

El Catecismo de la Iglesia Católica (2545) recuerda que todos los cristianos estamos llamados a vivir esta virtud: *Todos los cristianos... han de intentar orientar rectamente sus deseos para que el uso de las cosas de este mundo y el apego a las riquezas no les impidan, en contra del espíritu de pobreza evangélica, buscar el amor perfecto.* (LG 42). Para alcanzar ese amor perfecto se requiere un desprendimiento afectivo radical de las cosas, e incluso llegar a la desposesión efectiva según la expresión literal del Evangelio: *Todo aquel de entre vosotros que no renuncie a todos sus bienes no puede ser discípulo mío* (Lc 14,33). No cabe duda que Dios ha dado este don de la desposesión efectiva a muchas personas, porque así lo requiere nuestra naturaleza humana caída: ver ejemplos sensibles; pero carecería de valor alguno sin el desprendimiento afectivo, que sólo lo ve el Señor y para Él es suficiente.



Sin embargo, no es necesario llegar a esas medidas de no querer nada y de renunciar a todo, a no ser que Dios en una inspiración especial nos lo pida, o el Director espiritual lo proponga, pues quien está en el mundo ganándose el sustento propio, o quien tiene una familia que mantener, no puede renunciar absolutamente a todos los bienes terrenos por el Reino de los Cielos. Advirtamos que a disfrutar tantas cosas que nos ofrece el mundo, comprobamos que somos felices sin muchas de ellas; y es que no se trata de despreciar las maravillas del progreso, sino de valorarlas en su justo escalafón, para no ser esclavo de ellas. El verdadero cristiano que desea santificarse, imitar en todo a Cristo y a su Santísima Madre, no debe apearse a nada de lo que tiene, ni siquiera a sus seres queridos: *El que quiere a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a Mí no es digno de Mí* (Mt 10,37; Lc 14,26). Dios se los da y los pone bajo su cuidado, pero si Dios decide un día cualquiera quitárselos por la enfermedad o por la desgracia de un accidente, el verdadero cristiano debe aceptar todo con fe y confianza de que el Señor así lo ha dispuesto para mayor gloria de Dios y beneficio de su alma. Porque la virtud del desprendimiento cristiano consiste en vivir con el alma en Dios y referir todas las realidades a Él, de ahí que una condición para lograr este objetivo es el desprendimiento del corazón, que lleva a tener el corazón sólo en el amor en Dios y en las cosas de Dios y en lo que su Voluntad y divina Providencia dispongan.

NECESIDAD DEL DESPRENDIMIENTO

Jesús exige a sus seguidores que le antepongan a Él respecto a todo y a todos, El desprendimiento de las riquezas –según el espíritu de la pobreza evangélica– y el abandono a la providencia de Dios, que nos libera de la preocupación por el mañana, nos preparan para *la bienaventuranza de los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos* (Mt 5,3), (CatIC 2547). Y esto no es solo para las religiosas o los consagrados, sino para todos los católicos. Unos lo cumplirán mejor, otros peor, pero todo católico debe vivir en espíritu de desprendimiento y de desapego a todo y a todos, y aquí entra hasta los seres queridos como son padres, hermanos, cónyuges o hijos. He conocido algún caso de católicos, que al perder inesperadamente a su hijo en un accidente de tráfico, han perdido así mismo la fe y han dado la espalda a Dios.

El verdadero desprendimiento cristiano consiste unas veces en no tener, pero si se tiene, tratar siempre de estar desprendido de las cosas materiales. Porque cuando alguien vive desprendido de todo y desapegado de todos, entonces es cuando Cristo reina a sus anchas en su corazón y obra en él maravillas, maravillas a veces ocultas a sí mismo. El desprendimiento cristiano lleva a evitar lo superfluo, lo que sobra, de nuestra vida, contentándose con lo suficiente; pero el desprendimiento cristiano perfecto nos lleva en muchas ocasiones a carecer hasta de lo necesario. Esa es la verdadera pobreza de espíritu.

En el Evangelio, el Señor se lamenta de los ricos porque encuentran su consuelo en la abundancia de bienes (Lc 6,24). El orgulloso busca el poder terreno, mientras que el pobre en espíritu busca el Reino de los Cielos (S. Agustín). El abandono en la Providencia de Dios libera de la inquietud por el mañana (Mt 6,25-34)” (CatIC 2547). Quien vive en su vida el desprendimiento es porque ha conseguido que solo Dios llene su vida. Quien no tiene a Jesús en su corazón, difícilmente estará satisfecho con lo que tiene y buscará obtener cosas para que le llenen

ese hueco tan grande que sólo Dios puede llenar. Esto es una gracia muy grande que Dios da a las almas como fruto de la oración constante y de una vida fiel de entrega a Él.

El apego de lo que tenemos aunque apenas tenga valor, nos hace, en cierto modo, egoístas. Tenemos enseres o cosas que nunca vamos a necesitar y que otros nos piden o necesitan y nos cuesta trabajo dejarlos por el apego que tenemos a ellos. Prestar lo que tenemos para que otros se beneficien es ya un acto grande de virtud, porque es despegarnos de la supremacía absoluta de esa cosa. Eso precisamente es uno de los valores mayores del desprendimiento: utilizar correctamente los recursos sin apearse a estos y saber poner los bienes propios al servicio de los demás. Esta virtud nos ayuda a superar no solo el egoísmo, sino a salir de la indiferencia que va urdiendo en nuestro interior frente a los problemas ajenos.



PERFECCIÓN Y DESPRENDIMIENTO

Queda claro que cuando hablamos de desprendimiento hablamos en todos los sentidos. No solo nos referimos al desprendimiento de las cosas materiales, sino al desprendimiento de todo: honra, afectos, reconocimientos, el mundo y sus ataduras. No solo se enfoca a los objetos, sino que abarca incluso conocimientos, talentos y habilidades que muchas veces nos cuesta trabajo poner a disposición de las personas, porque el esfuerzo que nos ha costado adquirirlos, en vez de aceptar que ha sido obra de Dios en nosotros, nos lo apropiamos indebidamente como obra exclusivamente nuestra. Creemos que esa clase de desprendimientos es cosa de monjes o religiosas que decidieron vivir una vida de clausura por amor a Dios. Y no, el desprendimiento de todo eso y del mundo es para todo aquel que desea ser cada día más perfecto, según el consejo del Señor (Mt 19,21). Y a pesar del buen deseo de querer desprendernos de todo, nos tocará librar no pocas batallas con nuestro propio “yo”, que siendo tan mal consejero, nos inducirá a no renunciar a ello. Pero es evidente que quien se desprende del mundo, que es uno de los enemigos del alma, logra que el alma arda en deseos de santidad, de lo espiritual, y su vida se vea proyectada al Cielo y a la Vida Eterna. Desprenderse del mundo y de sus influencias nos lleva a caminar en dirección opuesta a sus principios, y de ahí ese deseo de eternidad y esa añoranza de Dios que entra en el alma. Nada puede dar noticia más exacta de una persona, si va por un sendero santo y adecuado, que valorar en qué medida está desprendida del mundo.

Y a la gran exigencia del desprendimiento en el Evangelio: no anteponer la propia familia a Dios, añade la gran palanca que hace posible tantas veces que se llegue a la perfección en el desprendimiento: *y el que no carga con su cruz y me sigue no es digno de Mí* (Mt 10, 38; Lc 14,27). El abrazarse a la cruz puede parecer una locura a los que no creen, y a tantos creyentes tibios, pero la luz que proviene de la fe nos enseña que aquel que confía en que

Dios permite que aparezca ese medio de santificación en su vida para su santificación, alcanza a ver más allá de lo que ven sus ojos y a comprender que ese dolor le ayuda a reparar pecados propios y ajenos, y le otorga lo que había suplicado a Dios con tanta insistencia.

Quien vive sumido en el desprendimiento aceptando carecer hasta de lo más elemental e incluso necesario, desapegado de los seres queridos (y esto no quiere decir que no los tenga que amar) vive ya una vida celestial en la Tierra, porque todo esto son dones o gracias con que Dios adornó a esa alma, para que su entrega sea más perfecta para Él y más gozosa para ella. Asimismo el desprendimiento es una llave que abre las puertas del Cielo, pues quien renunció en esta vida a todo por el Reino de los Cielos, es evidente que después de su existencia Dios le abra las puertas del Cielo. A veces el desprendimiento aunque sea voluntario puede ser una especie de martirio incruento, ya que negar o evitarle al amor propio todo aquello que desea, llega a ser, para quien así lo vive, una vida de heroísmo inmensa para el que no todos están preparados ni dispuestos. Brindar una ayuda económica, según las posibilidades de cada uno, es algo elogiabile y siempre caerá bien tanto a quien la ofrece como a quien la recibe. Pero otra forma ideal de vivir el desprendimiento es la donación de nuestro tiempo y nuestro esfuerzo. Lo cual es una donación en muchísimos casos más valiosa que la monetaria. Ser voluntario en una entidad sin fines de lucro o institución que persiga un propósito social es también un desprendimiento de nuestro tiempo y bienestar, para dedicarnos a esa causa, que Dios sabrá valorar.



Misioneras de la Caridad

El resultado de un corazón desprendido es una gran paz, porque los verdaderos caminos de Dios se hacen fáciles y sencillos cuando se camina por ellos con el corazón libre. Cuesta bastante el desprendimiento, pero, una vez que nos desprendemos, el alma ya no corre, sino vuela. Porque se llega a Dios sin complicaciones ni ataduras, o a tener una vida interior intensa, a partir de la liberación que produce el estar desprendido de todo lo visible. El que no está apegado a nada, ni siquiera a su salud, vive con un pensamiento fijo en Dios, que es todo su deseo y lo único que llena su corazón. Y es que para llegar a Dios no hay más remedio que despojarse de todo. Quien es capaz de desprenderse de algo insignificante aunque para él tenga mucho valor, lo será también para desprenderse de algo más importante. Y es que el desprendimiento es como si fuera la base o el cimiento de todas las demás virtudes, porque gracias a esta virtud practicamos otras muchas como la pobreza, la generosidad, la renuncia, la mortifi-

cación, el desapego de todo y con el desprendimiento como guía, todas estas virtudes y otras más, nos acompañan en el caminar hacia la Vida Eterna.

En esta sociedad materialista, consumista, desligarnos de lo material, aceptar solo lo absolutamente necesario para servir mejor a Dios, es algo que muy poquitos entienden. La abundancia nos frena en el vuelo hacia lo eterno. Nos hace vivir una vida cómoda, sin problemas, y esto asfixia el deseo de oración y el espíritu de penitencia, de ahí que el desprendimiento sea un medio tan eficaz para la perfección.

El Señor mandó a sus apóstoles que cuando fueran a evangelizar no llevaran más que una túnica y lo puesto (Lc 9,3). Porque la austeridad, el desasimiento de las cosas predispone a la conquista de las almas y al fruto de lo que se predica. El deseo de acaparar, de poseer es un gran enemigo de la santidad del alma. Nadie al morir se ha podido llevarse los bienes que posee, ni títulos, ni joyas, ni dinero, ni patrimonio alguno. Entonces ¿a qué desear poseer si al final todo se quedará en esta vida? Mientras que los bienes que nos trae el desprendimiento y desapego de todo son bienes espirituales que perdurarán en la Vida Eterna. El que no quiso nada en la Tierra, lo tendrá todo en el Cielo y aun en esta misma vida se tiene, porque tener a Jesús, que es el don absoluto, a cambio de todo lo demás, es tener el mayor bien que se puede tener, es gozar ya de un Cielo adelantado y tener en todo momento una paz inalterable, esa paz que solo Dios nos puede dar y que no es como nos la da el mundo (Jn 14, 27). Esa paz, la única paz verdadera que nos da el basar nuestra felicidad no en lo que tenemos o ansiamos, sino en lo que esperamos de Dios.

MARÍA, MAESTRA DE DESPRENDIMIENTO

La plenitud de gracia de la Santísima Virgen la convierte en modelo de desprendimiento y de vaciamiento de sí misma. Ella es siempre la maestra que debe instruirnos, y a la que debemos acudir gustosos. Ella, al dar cabida en sí misma a la Voluntad de Dios, a ejemplo de su Hijo respecto a la Voluntad del Padre, se desprendió de todo, y muy especialmente de su voluntad propia, para dejar paso a la Voluntad de Dios en cada instante. La auténtica nobleza de alma comporta dos importantes trazos, que se manifiestan en el valor y en el desprendimiento. En el alma santísima de Nuestra Señora ambas características resplandecieron de modo incomparable. Y si decimos que el desprendimiento es una de las llaves que abre las puertas del Cielo, María que es la Reina del Cielo, no solo tenía esa llave sino que las tenía todas. Y si la enseñanza de su Hijo era: *No amontonéis tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los corroen y donde los ladrones socavan y los roban. Amontonad en cambio tesoros en el Cielo, donde ni polilla ni herrumbre corroen, y donde los ladrones no socavan ni roban. Porque donde está tu tesoro allí estará tu corazón* (Mt 6,21), la Virgen María supo poner esto en práctica a la perfección, porque perfecta era Ella en todas sus acciones.

CONCLUSIÓN: Dios no espera ni nos pide un abandono absoluto de todo lo que tenemos ya que muchas de las cosas que tenemos las necesitamos de ordinario para desenvolvernos de un modo normal en la sociedad, incluso para servirle mejor. Pero sí que nos pide, que no pongamos nuestro corazón en esas cosas, porque fuera de Él nada ni nadie puede darnos la felicidad que tanto añoramos.

P.D.C.M.F.